

nados como yo á la guarda de los rebaños, y á quienes era severamente recomendado. Al regresar de sus expediciones, el azúcar, el tabaco, la yerba (*té americano*) principales objetos de su codicia, abundaban por lo regular; la ropa blanca y los vestidos que habian encontrado eran guardados por ellos con el mayor esmero para usarlos en las fiestas y asambleas. Durante mucho tiempo no me hicieron mas regalo que un mal pedazo de capa, procedente sin duda de algun pobre soldado muerto á sus manos.

Un pedazo de papel arrebatado por el viento de las pampas me vale el oficio de secretario y jefe de la tribu.—Eete empleo no está exento de peligros; pronto me lo hizo saber mi condena á muerte.—Me acojo al gran cacique de la confederacion Mamuel-tche.—Encuentro en él apoyo y justificacion.

Algunos papeles impresos, que sin duda habian servido de envoltorio de tabaco ó de cualquier otro objeto, y fueron arrojados al viento por los indios, cayeron casualmente en mis manos; los leí con placer repetidas veces, puesto esto era para mí una distraccion inesperada. Un dia me ví sorprendido en esta ocupacion por algunos indios, que manifestaron una alegre estrañeza por aquel descubrimiento, y se apresuraron á participarlo á los caciques. Muy temeroso en el primer momento por este hecho, tardé poco en tranquilizarme, al ver la inusitada y casi benévola acogida que se me dispensó aquella noche, cuando me presenté, segun costumbre, para someter á su recuento los animales cuya custodia me estaba confiada. Por algunas preguntas que me hizo mi dueño, comprendí que se enorgullecía de poseer un esclavo de mi valia, y que seria sin duda llamado á servir al cacique de la tribu.

En efecto, pronto se presentó la ocasion, porque aquellos seres groseros, cuando han gozado durante algunos dias de las dulzuras de la civilizacion, se dejan arrastrar por su deseo de satisfacer su glotonería; y para satisfacer esta pasion recurren á todos los medios imaginables.

Por esta razon van de tiempo en tiempo á ofrecer á los puestos avanzados de las fronteras una aparente sumision, durante la cual hacen cambios de todo género, como plumas de avestruz, crines de caballo, y pieles de varias clases, en cambio de las cuales se procuran tabaco, azúcar y bebidas alcohólicas, á las que son estremadamente aficionados. En tan solemne ocasion fui sometido á prueba como secretario del cacique. A pesar de mi ardiente deseo de escribir con arreglo á lo que me dictaban mis pensamientos y mi conciencia, me fue imposible hacerlo; hube de escribir lo que se me mandó, porque la suspicacia de aquellos miserables es tan refinada, que mas de veinte veces me hicieron leer la carta; y después de escribir algunas frases, cambiaban á su capricho sus

ideas, como sin fijar en ello la atencion, para experimentar mejor mi franqueza, y si hubiese tenido la desgracia de invertir el orden de las palabras, me hubiera sido imposible ocultarlo; ¡tan fiel es su prodigiosa memoria! Hubiérame espuesto por otra parte á morir, porque á pesar de mi imposibilidad de engañarlos, me amenazaron por exceso de prudencia, y me hicieron escribir una nueva carta que debia ser comprobada por unos tráfugas argentinos que vivian en las tribus inmediatas; miserables sentenciados á la cadena y aun á muerte por sus muchos crímenes, y que tienen la seguridad de encontrar un asilo entre los indios sometidos. Estos, que conocen perfectamente la posicion de sus huéspedes, los reciben como á hombres con quienes saben que pueden contar para todo, pues les sirven de guías en sus expediciones piráticas y de cómplices complacientes en todas sus iniquidades. Hé aquí porque les conceden toda su confianza.

Esta primera carta fue, pues, llevada á la frontera por dos indios designados por el cacique, y á quienes acompañaron algunos niños para trasportar los objetos que debian ser cambiados. Doce ó quince dias después de su partida, esos mismos niños volvieron rendidos de cansancio, presentando en sus semblantes visibles muestras de terror, y prorumpiendo en gritos de socorro. Contaron que después de la lectura del despacho, los dos emisarios habian sido encadenados mientras eran sentenciados á muerte, y que era cierto que yo habia engañado la confianza general y comunicado algunos detalles acerca de sus recientes invasiones. Naturalmente propensos á juzgar mal de los demás, aquellos bárbaros concibieron desde luego el designio de matarme en el acto. El cacique fue quien creyéndome ausente, les aconsejó que no despertasen mi desconfianza con inusitados gritos; y aconsejóles asimismo que esperasen á la mañana del dia siguiente para ejecutar su proyecto, escogiendo el momento en que me hallase ocupado en recoger el rebaño. La casualidad hizo que estuviese cerca de allí en aquel momento, y merced á la proximidad de la noche oí aquella conversacion y pude mantenerme prevenido. Al llegar la mañana siguiente, y cuando, segun mi costumbre, me disponia á encargarme del rebaño, ví que el ágil caballo que montaba el dia anterior habia sido sustituido por otro muy pesado; abstúveme de mostrar la menor sorpresa por este hecho, por medio de la palabra ó de los ademanes. Lentamente caminaba sobre aquel baladí jamelgo, cuando ví correr hácia mí á rienda suelta una partida de indios que hacian resonar el aire con sus terribles imprecaciones. No obstante, la distancia que de ellos me separaba era todavía grande, y tuve la felicidad de encontrar multitud de caballos que, por ser entonces muy calorosa la estacion,

venian espontáneamente á calmar su sed en un lugar inmediato. Grandes fueron mi alegría y mi esperanza. Abandoné al punto mi caballo, al que quité las bridas para ponérselas al mas veloz de los que se me presentaban, y monté en él sin pérdida de tiempo; luego, procurando espantar á los demás y diseminarlos para quitar á mis enemigos toda probabilidad de alcanzarme, me lancé á toda brida en una direccion opuesta. Después de galopar todo el dia, llegué al caer la noche al hogar de Calfucura, gran cacique de la confederacion india de que formaba parte la tribu de mis perseguidores. Atónito al verme, aquel hombre me preguntó qué queria de él, y qué causa ó motivo me habia inspirado el atrevimiento de ir á visitarle sólo. Díme á conocer á él, y en breves razones le espuse los hechos ocurridos el dia anterior y aquella mañana, rogándole tomase en consideracion la veracidad de cuanto le decia, y haciéndole ver que si en efecto hubiese engañado á los indios, hubiera indudablemente procurado fugarme en el tiempo transcurrido, por cualquier medio; pero que, por el contrario, no teniendo cosa alguna de que acriminarme, acudia á él en demanda de apoyo y para confiarme á su lealtad hasta el dia en que positivamente tuviese una prueba cualquiera, ya de mi buena fe, ya de mi traicion. De este modo,—le dije,—si se me declaraba inocente, no tendria por qué arrepentirse de la muerte de un servidor fiel, cuyos servicios podian serle útiles.

Halagado al ver mi confianza, y tambien por algunas palabras lisonjeras á su vanidad que le dirigí en su lengua, aquel hombre, en realidad mas humano que el resto de sus compatriotas, me trató casi con blandura y me prometió su apoyo, si bien me hizo saber que nunca tendria caballos á mi disposicion. Al dia siguiente, una partida de la tribu abandonada por mí, se presentó con su jefe á la cabeza, á pedir audiencia á Calfucura y á reclamar mi muerte en aquel mismo momento, como cosa rigurosamente justa. Mientras duró el debate me mantuve sin despegar mis labios, al principio; pero al fin, viendo la insaciable sed de sangre que toda la horda manifestaba contra mí, y observando que sus reiteradas instancias empezaban á influir en el ánimo de Calfucura, comprendí que no podia permanecer silencioso por mas tiempo. Levantéme, y recordando al gran cacique que me habia concedido su proteccion, me esforcé en patentizar á todos mi inocencia, repitiendo la relacion exacta de todo cuanto habia ocurrido, evitando, no obstante, herir el amor propio y las prevenciones hostiles de los que me escuchaban. Calfucura ó *Piedra-Azul* se declaró en mi favor, reconociendo, segun dijo, que era imposible que un culpable hablase como yo lo hacia. Prohibió á todos que me maltrataran; y luego, volviéndose hácia mí, me

tranquilizó anunciándome que no me separaria de él, á fin de que nada desfavorable me ocurriese, y concluyó diciendo á mi antiguo dueño que cuando le presentase inequívocas pruebas de mi deslealtad, me entregaria á sus manos para que dispusiese de mi suerte segun su voluntad. Dictado este fallo, la asamblea se separó, y la horda se alejó lanzándome coléricas miradas.

Algunos meses trascurrieron sin que hecho alguno diese la menor luz á los indios acerca de la situacion de los dos emisarios presos por los argentinos, lo cual aumentaba en ellos la animosidad contra mí; el mismo gran cacique, influido á veces por sus diversas conjeturas, se mostraba indeciso respecto de mí, ya rechazándome con aspereza, ya dispensándome, al parecer, la mayor confianza. Dirigíame frecuentes preguntas; mas, como todas mis respuestas eran completamente idénticas, concluia siempre por conservarme su proteccion. Sin embargo, durante los cinco meses que se prolongó tan triste estado de cosas, fui objeto de una vigilancia cada vez mas activa.

Era muy comun que algunas partidas de indios fuesen á acechar las inmediaciones de las haciendas, para procurarse datos acerca de sus cautivos compañeros; pero hombres y caballos se fatigaban en vano, y volvian sin haber adquirido el mas pequeño informe. Cansados ya de tantas tentativas inútiles, resolvieron dejar trascurrir algun tiempo sin renovarlas. Precisamente durante este período de reposo y aparente olvido, los dos hombres á quienes se creia perdidos para siempre, regresaron al fin; suceso al que siguió una reunion extraordinaria de todas las tribus interesadas en el asunto, y en ella mi inocencia fue solemnemente proclamada. Los recién llegados declararon que habiendo sido reconocidos por haber tomado parte en una razzia anterior, habian sido presos hasta que el gobierno de Buenos-Aires, á quien se remitió el negocio, resolvió lo que respecto de ellos debia hacerse. Llegó luego una orden terminante de dicha capital para que se les redujese á prision y se les condenase á trabajos forzados, y aun se habia tratado de sentenciarlos á muerte; pero habiendo sido tomadas en consideracion las promesas de paz contenidas en la carta de que habian sido portadores, debieron únicamente la vida á este documento. Por lo que respecta á su libertad, declararon que la habian recobrado merced al descuido de los que habian recibido el encargo de vigilarlos.

Desde aquel momento se verificó un cambio completo en mi favor, en todos los ánimos; hasta mis mayores enemigos me colmaron de elogios, desvaneciéndose instantáneamente su tenaz desconfianza, y hasta pareció que olvidaban mis tentativas de fuga. Me fue, por consiguiente, permitido montar á caba-



llo y acompañarlos en todas las ocasiones; fui tenido por digno de la confianza general, y me ví investido de nuevo de mis funciones de secretario de la confederación nómada.

Cómo vino á influir en mi suerte la política exterior de las Provincias Unidas del Plata.—El general Urquiza.—Algunas palabras acerca de este hombre de Estado, tan interesado como yo en halagar la inclinación de mis dueños á la embriaguez.—Presentes que les envié.—Orgía general.—Mi fuga y mi libertad.—Rio-Quinto.—Mendoza.—Los Andes.—Regreso á Francia.

Las repúblicas unidas del Plata tenían á la sazón por su dicha, un hombre acerca de quien voy á llamar por un momento la atención del lector, aunque sólo sea para ofrecerle una grata compensación de las figuras desagradables, grotescas ó repugnantes que hasta aquí he descrito.

Don Justo José Urquiza, natural de la Concepción de Uruguay, en la provincia de Entre-Ríos, lo debe todo á sí mismo. Hijo del pueblo, simple gaucho, de lo cual él se envanece, y no habiendo recibido nunca mas lecciones que las de su propia experiencia, se trazó poco á poco el camino de la celebridad, merced á la fuerza de su carácter y á la superioridad de sus dotes intelectuales. Sus poco comunes talentos militares le granjearon el favor de Rosas, que le procuró rápidos adelantos en su carrera, é hizo de él su brazo derecho, como vulgarmente se dice. Urquiza pudo creer por un momento que aquel dictador sólo se imponía á la Confederación Argentina para proporcionarle los medios de llevar á cabo notables empresas, y quizá para asegurar la independencia de su patria; pero tardó poco en descubrir los verdaderos móviles de aquella política sagaz y recelosa. Así, pues, desde que advirtió que su patriotismo era explotado en beneficio de una mezquina ambición personal, se volvió contra el dictador, á quien acusó de que infringía la Constitución y de que atacaba las libertades de la nación. Rosas había fingido muchas veces un desinterés que estaba muy lejos de su ánimo. Periódicamente y en épocas hábilmente calculadas de antemano, hablaba con una modestia verdaderamente persuasiva, ya de su edad avanzada, ya de su alterada salud, mostrándose dispuesto á resignar un poder cuyo peso, según decía, no le era ya posible sobrellevar. Pero el viejo león que siempre había visto á los representantes del país temblar en su presencia, sabía perfectamente que ninguno de ellos se atrevería á aceptar su renuncia del poder. La asamblea se apresuraba en tales casos á implorar su abnegación, y á arrancarle por medio de ardientes súplicas un sacrificio glorioso. Estas groseras adulaciones eran consideradas en las cortes extranjeras como la expresión de la opinión pública. Urquiza eligió el momento en que el dictador se proponía renovar

en 1851 tan vergonzosa comedia, y dió á luz una proclama en la que declaró á Rosas destituido del poder ejecutivo, poniéndose en consecuencia, al frente de un partido que aspiraba á la vez á la reunión de aquellas provincias en una confederación compacta, y á la libre navegación de las aguas del Plata.

Urquiza contaba de antemano con el apoyo del Brasil, cuyos mas importantes intereses favorecía á su política. Los ríos que nacen al norte del imperio brasileño dan acceso por el Atlántico á una parte considerable de su territorio, y son sus mas ricas provincias. El Brasil había pedido muchas veces á Rosas el paso del Plata, y para obtener esta concesión había apurado en vano todos los recursos diplomáticos. Urquiza, pues, se presentaba en la escena muy oportunamente. El antagonismo tradicional entre españoles y portugueses cedió á la necesidad de abrir al comercio universal el Paraná, el Uruguay, el Paraguay y sus tributarios.

El Brasil se alió, por consiguiente, á la causa de Urquiza, y le suministró los medios necesarios para hacerla triunfar. El primer movimiento de Urquiza se dirigió contra Oribe, que, apoyado por las tropas de Rosas, bloqueaba hacia ya nueve años á Montevideo, y sólo esperaba para apoderarse de esta ciudad á que cesara la intervención de Francia é Inglaterra. Entre tanto, Oribe arruinaba á Montevideo, porque paulatinamente había levantado alrededor de su campo una ciudad rival, llamada Restauración, que contaba ya 10,000 habitantes. La llegada de Urquiza alejó de los sitiados toda amenaza respecto del porvenir, pues presentándose á la cabeza de un ejército compuesto de naturales de Entre-Ríos y Corrientes, y apoyado además por la escuadra del Brasil, obligó á Oribe á capitular, casi sin disparar un tiro. Un manifiesto muy hábil dió á conocer su conducta: en él hizo resaltar el carácter patriótico de su empresa; se mostró animado de los sentimientos mas conciliadores, y proclamó terminantemente su propósito de evitar la efusión de sangre. Millares de combatientes engrosaron en breve sus filas; y Oribe, abandonado por sus tropas, y no pudiendo ya por lo demás, esperar refuerzos ni municiones, se rindió á discreción.

Después de esta brillante victoria, Urquiza se retiró á su provincia para prepararse á descargar un golpe decisivo sobre el poder de Rosas. En 1852 repasó el Paraná con fuerzas considerables, y avanzó sin encontrar obstáculo alguno hasta Monte-Caseros, á donde el dictador acudió al frente de 20,000 hombres. La memorable batalla del 3 de febrero de 1852 tuvo por desenlace la derrota y fuga de Rosas, que se embarcó presurosamente en un buque inglés, mientras su vencedor entraba en Buenos-Aires en medio de las aclamaciones de la población. Urquiza

estableció su cuartel general en Palermo, y nombró gobernador de la ciudad á don Vicente Lopez, hombre ya muy entrado en años, y generalmente apreciado y querido.

Nombrado director provisional el 14 de mayo, Urquiza reunió en San Nicolás á los gobernadores y delegados de las catorce provincias del Plata para que eligiesen una organización política. Esta asamblea, que se pronunció en favor del sistema federativo, decidió que las provincias nombrasen representantes encargados de redactar una constitución y establecer las bases de un gobierno definitivo.

Buenos-Aires se negó á confirmar los poderes que la asamblea había conferido á Urquiza. El gobernador Lopez, que se había mantenido fiel á las decisiones de la mayoría, no logró hacerlas respetar, y se vió precisado á dimitir su cargo. Pero Urquiza, que no era hombre en cuyo ánimo hallaba cabida la irresolución, marchó sobre Buenos-Aires, restableció su autoridad y reinstaló á su gobernador. Después de este acto de energía se mostró clemente, y se limitó á desterrar á cinco de los principales instigadores de la rebelión; y cuando vió asegurado el orden retiró sus tropas de la ciudad y



Corrida propiciatoria en derredor de los animales domésticos.

se trasladó á Santa Fe, donde debía reunirse el Congreso, que inauguró sus sesiones el 20 de agosto. Las trece provincias de Entre-Ríos, Corrientes, Santa Fe, Córdoba, Mendoza, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca, Rioja, San Luis y San Juan, enviaron allí cada una dos delegados.

Una nueva revolución estalló en Buenos-Aires, promovida por algunos antiguos desterrados, que solo habían abrazado el partido de Urquiza para deshacerse de Rosas. Como en su mayor parte eran hijos de la citada ciudad, les costó poco trabajo sublevarla. Urquiza no podía llevar en paciencia que Buenos-Aires dictase la ley á las trece provincias; pero no quiso dar pretexto á una guerra civil cuyas consecuencias temía. Así, en lugar de emplear la fuerza contra la insurrección, prefirió dejarle tiempo para la reflexión, y se limitó á publicar una proclama en la cual declaró á la provincia de Buenos-Aires separada del resto de la confederación, abandonándola á su desdichada suerte. No obstante, su moderación sirvió únicamente para envaletonar á los insurrectos, quienes, esforzándose por pagar la rebelión, invadieron la provincia de Entre-Ríos, lo cual